

Con la iglesia topaste, buen Chillida

Ricardo Bada

Con la iglesia hemos dado, Sancho , le dice Don Quijote a su escudero en el capítulo noveno de la segunda parte de sus andanzas. La socarronería popular, a despecho del texto original, ha convertido esa frase en

Con la Iglesia hemos topado , y aliento la sospecha de que don Miguel no hubiese tenido nada en contra. Después de todo recuerden lo que descubrió aquel periodista insigne y lúcido socialista español que fue Luis Araquistain: La singularidad que más ha llamado mi atención en el Quijote, y que no veo mencionada en ninguno de sus innumerables comentaristas, es que en los ciento seis días que duraron las aventuras del Ingenioso Hidalgo, ni él ni Sancho Panza fueron nunca a misa .

Misa es la palabra clave de lo que sigue, y el introito al tema bien pudiera ser una variante de la frase no cervantina: Con la Iglesia topaste, buen Chillida .

Ocurre que en Colonia, la santa así la llamó Heine , albergamos una obra de arte, una escultura de Eduardo



Chillida que se titula Gurutz Aldare (el altar de la cruz) y que se encuentra en la iglesia de San Pedro, o Sankt Peter, as you like it! Una iglesia con un renombre internacional porque funge como estación artística , escenario admirable de exposiciones y eventos culturales. Hace un par de años, por ejemplo, de una lectura literaria que convocó una audiencia de más de setecientas personas: tuvo lugar el 9 de mayo del 2001 y el autor era Mario Vargas Llosa, quien leyó de su novela *La fiesta del Chivo*. Ni en tiempos de la más acendrada catolicidad coloniense deben haberse apiñado tantísimos feligreses entre esas cuatro santas paredes.

Y ocurre que el párroco de Sankt Peter ha recibido un ucace vaticano, firmado por el cardenal de la Curia monseñor Arturo Jorge Medina Estévez, por el cual se le prohíbe decir misa en ese altar de Chillida. La inefable fundamentación teológica aducida por monseñor es un precepto litúrgico: el altar representa a Cristo como unidad, y en consecuencia no puede ser que esté fragmentado en esas tres piezas que componen la obra del escultor donostiarra.

Realmente cuesta trabajo creer que Chillida, creyente y practicante, y su confesor, que parece ser quien le encargó la obra y es hombre de reconocido talento y gran sabiduría , hayan tomado a la ligera el aspecto digamos simbólico del altar. Más bien diría uno que quisieron trascenderlo a su manera, convirtiéndolo en alegoría de la Santísima Trinidad. Y realmente cuesta trabajo creer que el Vaticano se preocupe, en esta época de ausentismo de fieles, por dónde se celebra una misa. Sin que le preocupe, sin ir más lejos, ya que estamos en Colonia, que en la catedral de esta ciudad se siga sosteniendo oficialmente una super-



Altar de Chillida

chería: la de que nada menos que en su altar mayor están custodiados en lujoso cofre relicario los restos de los Reyes Magos..., los cuales, según es bien sabido, son los padres.

Por si todo esto fuera poco, resulta que en el Vaticano, y en sitio tan recóndito como la entrada a la Capilla Sixtina, hace más de treinta años que está expuesto el modelo del Gurutz Aldare, regalado por Chillida al

entonces pontífice Pablo VI. ¿Será que no lo ha visto nunca monseñor Medina Estévez, o será que lo habrá considerado obra de piadosos pigmeos desconocedores de una de las más altas verdades de la simbología católica: la infragmentación del altar?

Ya Borges nos alertó acerca de que la única ciencia ficción es la teología. De tal modo que entendiendo uno tan poco de ciencia ficción, de teología mejor sería que no hubiera escrito. Entre otras razones de peso porque el Único que debe entender algo de ella, en el buen supuesto de que sí exista, es Dios, Ése cuyo nombre dizque debiera escribirse con mayúscula. Y yo en estas cosas soy proclive a seguir el ejemplo de don Pío Baroja cuando le preguntaron que si



juraba como miembro de la Real Academia, a lo cual respondió: Lo que sea costumbre .

El horizonte del tiempo

Tomado de *Mozart, Traces of Transcendence*¹

Hans Küng

Salzburgo en la primavera de 1779: Mozart tenía veintitrés años cuando compuso su *Misa de coronación*; su oficio, organista de la corte y la catedral para el príncipe arzobispo. El título de la obra no es suyo; se lo pusieron a esta misa porque se pensó que el motivo para su composición fue la coronación de la estatua de la Virgen en la iglesia de peregrinos de Maria Plain o la coronación de Leopoldo II o de Francisco II. No obstante, lo más probable es que esta composición (terminada el 23 de marzo de 1779) la tuvieron planeada para las celebraciones de la Pascua en la catedral de Salzburgo. En todo caso, fue allí donde tuvo lugar su primera presentación.

Salzburgo, 1779: imaginemos una ciudad gobernada por un típico representante del feudalismo europeo que había logrado amalgamar los poderes de la iglesia y los seculares en una

síntesis omnipotente, en la forma paradójica de príncipe arzobispo. El ocupante actual de esta principesca sede arzobispal era un conde que se solazaba haciendo reformas, Jerónimo Colloredo. Y uno de los productos de su fervor reformista fue lo que hoy en día llamaríamos una reforma litúrgica. Una misa no debería tardar mucho no por algún capricho extramusical de algún príncipe de la iglesia, sino como consecuencia de su preocupación pastoral iluminada . El propósito era cuidarse de los excesos de la música eclesiástica, particularmente en la manera como la expresaba el arte virtuoso italiano con la ayuda de los castrati y las prima donnas, y volver a encontrar un lugar para la música de la iglesia dentro de la liturgia. Para un joven compositor de la corte como Wolfgang Amadeus Mozart, esto era un desafío: se exigían brevedad extrema y forma concentrada. Así que, como puedes ver, se necesita un estudio especial para esta clase de composición , le había escrito Mozart a fray Giambattista Martini, uno de los principales teóricos musicales italianos. Se trataba del comentario de un nativo de Salzburgo, que, como bien se conoce, hizo un estudio infatigable de todos los estilos y géneros de música y, por tanto, también había estudiado la música de iglesia de Haydn, Richter, Wagenseil, la italiana y la francesa, aprendiendo de todas y sucumbiendo ante ninguna. Se trataba del comentario de quien, dotado de una fantástica memoria musical, gozaba de una dedicación bastante personal. Además, el resultado es la misa que nos ocupa, la *Missa Brevis en Do mayor* , una misa corta .

Cuando la misa es el tema de una composición, hay que dar cuenta de las presuposiciones y rasgos inherentes a ésta. La base la dan las palabras del texto litúrgico. Mozart las dejó tal como estaban y no se permitió omisiones textuales como las que se usaban en la época y que más tarde fueron reinstauradas por Franz Schubert, quien, en el credo, como cosa sorprendente, siempre omitía la estrofa sobre la única iglesia católica y apostólica (y a veces también otras partes). El resultado fue una obra cuya letra era